



UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid. 49
Provincia. 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO

Al presente número acompañan: dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.— Dos idem, de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.— Dos idem del ALMANAQUE PARA TODOS, por Villabrilie. En el número próximo la continuación de todas estas obras.

BATALLA NAVAL DE LEPANTO.

I.

Don Juan de Austria, á quien han colocado sus altos hechos en el rango de los capitanes mas grandes de su siglo, era hijo natural del emperador Carlos V, nacido en Batavia en el año de 1546; fué criado en secreto y educado hasta la edad de catorce años por Luis Quijada, confidente del emperador, y mayordomo mayor de palacio. Poco antes de morir este monarca, reveló á Felipe II su hijo y sucesor, el nacimiento de don Juan que fué confinado á un monasterio, y allí por orden del rey se le dió la educación mas brillante, haciéndosele aprender con particular esmero el arte de la guerra.

Queriendo el severo monarca experimentar los talentos del jóven príncipe, le dió en 1570 el mando de un ejército, que se veía obligado á mandar á Granada para contener la rebelion de los moriscos, y con los triunfos que allí alcanzó don Juan, se atrajo las miradas de moros y cristianos.

Al año siguiente lo puso Felipe II á la cabeza de la flota que acaba de armar, de acuerdo con el papa Pio V y los venecianos, con el fin de poner término á la insolencia de los turcos que habian recogido el Mediterraneo para teatro de sus piraterias. Aquella flota, cuyo general apenas contaba veinte y cinco años, debia dar la célebre batalla de Lepanto, elevando hasta el cielo la reputacion de don Juan, que se distinguió sucesivamente en Flandes y en la Italia, obteniendo el 31 de diciembre de 1577, su postrer triunfo peleando en las llanuras de Gemblon contra las tropas protestantes de los Países Bajos.

H.

Envidiosos los turcos del poder siempre creciente de la república veneciana, recorrian el Mediterraneo, quemando todos los buques cristianos que podían apresar, y destruyendo, des-

pues de saquearlas, todas las posesiones de la al-tiva república.

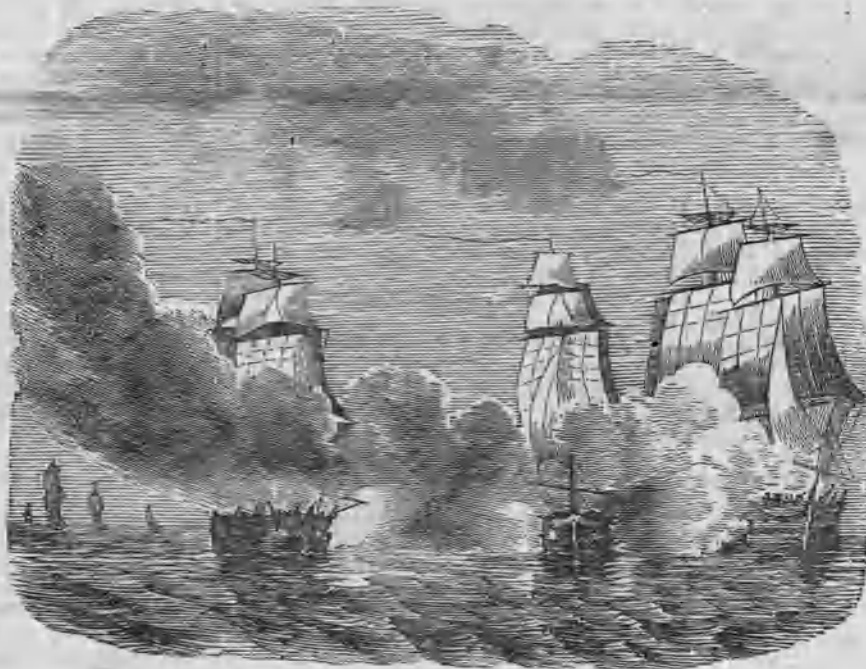
Una flota cristiana que salió del puerto de Alejandria á principios del mes de octubre del año de 1571 bogaba con todas las velas cargadas hacia la isla de Corfú ó sea la antigua Corcira (1).

Los pabellones de España, de la Santa Sede y de Venecia, enarbolados en la punta de los mástiles, anunciaban que los príncipes cristianos se reunian al fin para castigar á los indies por sus continuas piraterias.

Aquella flota, compuesta de doscientas diez galeras, veinte y ocho buques de alto bordo y seis galeotas guarnecidas de artillería gruesa, era la que mandaba don Juan de Austria.

En torno suyo se agrupaban los hombres mas ilustres de España é Italia, viéndose entre los españoles á Luis de Requesens, presidente del consejo del príncipe; Alvaro Bazan, marqués de Santa Cruz y Juan de Córdoba, notables los tres por el brillo de su nacimiento y por su fama.

Entre los italianos se distinguia en primer término á Sforzia, conde de Santa-Flor; Andrés Doria y Pompeo Colonna, presentándose en segundo término Pablo Ursino, Gabriel Serbelloni, Vicente Vitelli y Pablo Sforzia, todos ellos conocidos ya por sus proezas.



Por último, Alejandro Farnesio, Pablo Jordan, de la ilustre casa de los Ursinos, y Francisco Maria de la Rovera acompañaban al sobrino del papa Pio V, que habia querido entrar en la carrera de las armas al lado de tan distinguidos campeones.

Tambien se hallaba á bordo, confundido con los marincros castellanos, un soldado raso, que después de sufrir toda la clase de tormentos, debia hacer eterno su nombre, y á quien el porvenir le reservaba la gloria, sin preservarle no obstante de los horrores de la miseria. Per-

(1) Tambien fué conocida en la antigüedad con los nombres de Macria, Schoria, Ephisa, Ceraunia, Dru-pano y aun Argos.

dido en medio de aquella turba de grandes señores, altos dignatarios y valerosos guerreros, el oscuro soldado, el jóven, no era otro, niños mios, que Miguel de Cervantes Saavedra, el inmortal autor de Don Quijote!

III

Mientras la flota cristiana surcaba el mar de Crissa, hoy golfo de Lepanto, la de los musulmanes estaba anclada en el mismo golfo, que se parece á un canal magnífico, y cuyo solo nombre moderno rivaliza en belleza y armonía con los antiguos nombres de la Grecia.

Desde la cima de las montañas, al pie de las cuales está edificado Corinto, podia ver el esclavo griego los buques de sus amos; pero sumergido en la tristeza y el abatimiento no admiraba las vastas llanuras que desde las murallas se estienden hasta el mar, ni los cipreses, morales y naranjos que embalsaman la campiña; ni las viñas cuyas cepas formaban á la sazón lindos festones de morados racimos que constituyen la riqueza de Corinto; ni aquel cielo que presta tanta animacion á la fértil llanura, sembrada de risueños caserios medio ocultos en

un bosque de frondosos y odoríferos arbolillos. ¿Qué importa todo eso al esclavo?... En valde al otro lado de ese mar, donde se mecen los buques osmanlis, se estiende su vista desde la ciudadela de Atenas al cabo de Colonna; en vano descubre al Norte y al Levante, por una parte el monte Oneyo, cubierto de mirtos y las poéticas cimas de Parnaso y de Helicon; mientras que por la otra divisaa al Mediodia y al Poniente las montañas de la Argólida y de la Syconia que forman el paisaje mas bello del universo... ¡Griego degenerado olvida que su patria es hermosa todavia, como ha olvidado los nombres de Micale y Marathon, de Salamina y Platea... Embrutecido con la esclavitud, no despertará sino algunos siglos mas tarde; á lo menos verá humillar en Lepanto á sus feroces opreso-

res, antes que en Navarino le devuelva la libertad el postrer combate. Otro dia, amables niños, os hablaremos de esta gran batalla dada en nuestros dias.

IV

Los buques de Selim II que parecia se hallaban adornidos sobre las tranquilas aguas del golfo, despiertan repentinamente, y la agitacion reina á bordo de toda la escuadra. Recogidas las anclas, izanse las velas y dividiéndose la flota se pone en movimiento.

Alli-Pachá que la mandaba, acababa de saber

que don Juan habiendo ya doblado la isla de Cephalonia marchaba á su encuentro, y aunque el jefe musulmán tenía en tan mala opinión á la escuadra cristiana que no podía creer se aventurase á embestirle, apareció para ir á recibirla; pero sobrevino la noche, y ancló en Galengo, mientras don Juan lo hacía entre Pelatá y las islas Gursularias.

En la madrugada del día siguiente, era el 7 de octubre, las dos escuadras aparejaron de nuevo, y navegando la una hacia la otra sin saberlo, al romper el día se dieron vista no lejos del promontorio de Aclion, paraje en que Antonio y Augusto disputaron en otro tiempo el imperio del mundo.

Luego que don Juan divisó al enemigo, reunió su consejo, que casi por unanimidad fué de parecer que se debía evitar la batalla, pero el príncipe quería que se trabase al instante. Tenía á su bordo un astrólogo famoso, llamado Maurolico, y ora porque creyese en la astrología, no obstante la superioridad de su talento, ora por que... y esto es lo mas probable, quería atraerse á sus consejeros obteniendo favorable respuesta, lo cierto es que consultó á Maurolico, el cual le predijo alcanzaria una victoria señalada, desde cuyo momento se decidió á dar la batalla.

Don Juan dividió sus fuerzas en cuatro cuerpos, poniendo á Andrés Doria al frente del ala derecha, que se componía de cincuenta y cuatro galeras; Agustín Barbarigo, con igual número de buques, se hallaba á la cabeza del ala izquierda; el hijo de Carlos V dirigió el cuerpo de batalla, fuerte de sesenta y un navíos, y sesenta velas á las órdenes del marqués de Santa Cruz, formaban el cuerpo de reserva.

Apenas se habían tomado estas disposiciones, cuando la escuadra otomana, que constaba de doscientas galeras y cerca de sesenta fragatas ó bergantines, después de doblar las islas Gursularias, se presentó casi en el mismo orden de batalla, y sin mas diferencia que no tener reserva. Por lo demás, encorbada su línea en forma de media luna, según costumbre entre los turcos, parecia que por su estension debía envolver á los cristianos.

Ali-Pachá mandaba el centro, y á bordo de la capitana se hallaba directamente frontero á don Juan, mientras Lonchallot y Siroch, que conducían las dos alas, tenían al frente á Doria y Barbarigo.

Luego que los buques enemigos se hallaron á doble distancia de cañon, don Juan dió la señal del combate, haciendo enarbolar el estandarte de Cristo, que fué saludado por las aclamaciones del ejército.

Eran las cinco de la mañana: el sol brillaba con vivo resplandor; el hermoso cielo de la Grecia nase hallaba empañado por la menor nubecilla, y los buques se deslizaban magestuosamente sobre el azulado mar, apenas agitado por un viento fresco y ligero. Favorable á los turcos al principio, empujaba su flota hacia la de los aliados; pero antes que se disparase el primer cañonazo había cambiado, convirtiéndose en contrario para los musulmanes.

Aquel cambio inesperado fué para los cristianos un favor del cielo, aumentando su contanza.

Al fin las dos escuadras cayendo la una sobre la otra con todas las velas cargadas, dieron principio á la batalla con un fuego terrible, comunicándose en un instante la simultánea arremetida á toda la línea. Aquel primer choque fué espantoso; rotas las líneas, desaparecieron el orden y la simetría que los dos ejércitos presentaban un momento antes, y situados los buques tan cerca que casi se tocaban las vergas, se cubren con sus fuegos rápidos y cruzados: el hierro y el plomo atravesaban sus flancos; rasgan las velas, y rompen los mástiles, los castes caen con horrible ruido, ahogado por un momento los dolientes ayes de los heridos y los moribundos: el mar se cubre de cadáveres y restos, y para aumentar el horror de aquella vasta escena de carnicería, un humo negro y espeso envuelve á los dos ejércitos, y en medio de las tinieblas que robaban la luz al día, turcos y cristianos combaten con un encarnizamiento y un frenesí que solo pueden inspirar el odio inveterado de dos religiones contrarias.

Hacia ya tres horas que duraba la lucha con igual ventaja, cuando habiéndose debilitado el fuego, pudo descubrir Barbarigo que el ala izquierda de los musulmanes se hallaba en desorden, y comenzaba á desmayar. El jefe cristiano redobla sus esfuerzos, y embiste á la galera de Siroch; el mahometano se defiende como un héroe; pero cae cubierto de heridas, y algunos minutos después se va á pique su buque, desastre que pone en consternación á las galeras que mandaba, las cuales toman la huida, procurando ganar la costa.

En el centro don Juan estaba empeñado con Ali-Pachá, y hacia mas de tres horas que los dos valientes guerreros luchaban con energía, habilidad y denuedo, sin ventaja conocida, cuando redobla el ardor de nuestros compatriotas la noticia de la derrota del ala izquierda enemiga. Animados tambien con la extraordinaria intrepidez de su jefe, disparan al enemigo la última andanada, oyéndose un grito terrible y precursor de la muerte: ¡al abordaje! y la galera que montó Ali-Pachá es invalida por don Juan á la cabeza de sus valerosos soldados y en compañía de Veniere y Colonna. Entonces se traba un combate de gigantes en aquel punto estrecho y sangriento, y en vano resisten los infieles, pues son rechazados hasta el castillo de papa, donde se defienden como leones. Pero el bravo Ali cae acerbillado á balazos y á cuchilladas, y apresada la galera, es derribado el estandarte de la media luna, viéndose el Cristo en el mástil de mesana.

Luego que fué visto, un grito de victoria resonó por toda la escuadra.

Doria, tan feliz como su general, acababa de derrotar completamente el ala derecha enemiga, cuyos restos huían desconcertados.

Desde aquel momento no fué un combate, si no una horrible carnicería, pues desanimados los osmanlis, y sin combatir ya, porque se lo impedían sus ideas sobre el fatalismo, se dejan degollar sin defenderse.

En esta sangrienta y memorable batalla perdieron treinta mil hombres muertos y cinco mil prisioneros, entre los cuales se hallaban los dos hijos de Ali.

Ciento treinta galeras cayeron en poder de los cristianos, y noventa y siete fueron quemadas, echadas á pique ó se estrellaron en la costa. El botín fué de consideración, y veinte mil esclavos cristianos recobraron su libertad.

Los aliados solo perdieron ocho mil hombres: mas tuvieron que deplorar la muerte de Barbarigo, general ilustre que herido de una flecha en el ojo cuando acababa de romper el ala izquierda turca, sucumbió en medio de su triunfo.

El joven Cervantes que había combatido con valor, perdió la mano izquierda.

Desde las cinco de la mañana que, como hemos dicho ya, empezó la batalla, duró hasta la tarde, y habiéndose aborotado la mar, tuvieron los vencedores que acogerse á los puertos mas cercanos. Desde ellos se despacharon correos á todos los príncipes de la cristiandad para notificarles tan señalada victoria que hizo temblar á los musulmanes hasta en Constantinopla.

Don Juan quería caer sin tarlanza sobre esta ciudad, porque opinaba con razon, que consternados los turcos y gobernados por Selim II, hombre imbécil, tendrían que sucumbir. Si su consejo, á pesar de cuyo dictamen contrario dió la batalla, no se hubiese opuesto al proyecto de don Juan, acaso hubiera éste librado á la Grecia del yugo y el hierro de los osmanlis.

Siete años después, el 7 de octubre de 1578, aniversario de la batalla de Lepanto, don Juan de Austria, que apenas contaba treinta y tres años, acometido de repente de violentas convulsiones, espiraba en Bionges cerca de Namur.

La muerte prematura de este ilustre príncipe, y las circunstancias que la acompañaron, hicieron creer por mucho tiempo que lo había envenenado Felipe II, envidioso de su gloria. Pero como semejantes conjeturas no se apoyan en pruebas y por otra parte hayán sido desmentidas, debemos rechazar con horror la sospecha de tan grave crimen, á quienquiera que el mismo á quien se atribuye era hermano de la víctima.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

ROSA.

(Conclusion).

Pero en este día las dos hermanas no pudieron hacer nada con concierto. Asi es que al momento abandonaron su piano y su paleta, y fueron á preguntar á los criados dónde estaba Fernando. Supieron que no había salido de casa, y no encontrándolo en su cuarto, creyeron que no podía estar mas que en el parque, á donde se dirigieron recorriéndolo á la ventura.

En lugar de su hermano, vieron á Rosa, que iba á desaparecer al fin de una de las calles de árboles que saltan al campo. La llamaron; pero la joven no las oyó sin duda; puesto que sin volver la cabeza, desapareció por la puerta del parque, cerrándola tras ella.

—¡Cosa rara! dijo Ana. Yo creí que Rosa estaría en el cuarto de mamá, no estando en el suyo. ¿Cómo me había de figurar que la encontraríamos á estas horas sola, y saliendo del parque!... ¿Con que tambien tiene ella sus secretos?

—Secretos de ángel, sin duda, respondió Luisa: ¿qué otros quieres tú que tenga? Tal vez ha sabido alguna cosa desagradable de Fernando, cuando nada nos ha dicho... Ana, tu idea del duelo se me ocurre á mí tambien y me hace temblar. ¡Oh, Dios mio! corramos; vamos á alcanzar á Rosa.

Y las dos jóvenes echaron á correr precipitadamente en busca de su prima.

Cuando pasaron el diástel de la puerta pequeña del parque, se miraron una á otra asustadas de veras tan lejos de la casa, y no sabiendo además donde dirigirse para hallar á su amiga: entonces vieron una casita cubierta á modo de cabaña con una graciosa arquitectura: esta casita daba por un lado junto á un camino amarrallado, y por otro á un hermoso llano todo alfombrado de verdura, que pertenecía al parque del conde de Saglio. Las jóvenes se acordaron de que este amigo de su madre les había hablado de su lechería que tocaba á su parque; pero este recuerdo, lejos de esplicarles los pasos de Rosa, les dejaba todavía mas confusas. Yemian encontrarse allí alguna persona conocida; y se preguntaban cómo podían justificar el encontrarse en aquel sitio; y si acaso decían el motivo, ¿qué se pensarían de ellas y de Rosa? Se acordaron de que una joven muy bien nacida, que les había servido de aya, había salido de la casa porque su madre se disgustó al saber que paseaba sola fuera del parque. Hablando de esto dieron algunos pasos hacia la cabaña, cuya puerta estaba entreabierta: Luisa miró maquinalmente á lo interior, que estaba perfectamente iluminado por una ventana que caía al parque del conde. De repente estrechó fuertemente el brazo de su hermana, y trémula de emoción, sin proferir una palabra, le señaló con el dedo el espectáculo que se presentaba á sus ojos.

En una pieza sencillamente amueblada y muy limpia, se veía una joven recostada en una cama colgada con cortinas blancas. Las dos hermanas buscaban en su memoria quien era aquella persona, que recordaban haber visto en otro tiempo; pero sus palecimientos la desfiguraban, y no les era fácil reconocerla. Sus megillas pálidas estaban ligeramente encendidas por la fiebre, y sus labios de un color muy sonrosado, hacían resaltar mas la palidez de su rostro. La enferma sacó de la cama uno de sus brazos, y Rosa le tomó el pulso.

Mucho trabajo le costó á Ana retener un grito de sorpresa. Pero Luisa la hizo señas de que callase. Su amiga estaba muy seriamente ocupada para reparar en ellas, además de que éstas estaban en la parte mas oscura, y aun podían ocultarse cuando Rosa hacia algun movimiento volviendo el semblante hacia aquel punto. Nunca les había parecido su prima mas bella que en aquel momento, en que con los acentos de la caridad dirigía á una enferma palabras de consuelo; y en efecto, la enferma, al escucharla, parecia reanimarse y volver á la vida.

Entró entonces una muchacha del campo. Rosa la siguió al extremo del cuarto: escribió algunas palabras sobre una hoja de su cartera,

que rompió después para entregársela, y le dió además algunas monedas de plata. La enferma quiso pronunciar algunas palabras de gratitud; pero Rosa le puso el dedo en la boca, se acercó á ella, y besando su frente le dijo:

—¿A qué darme gracias, cuando eres tú la que me haces feliz? Ya sabes nuestro convenio, y no hay más que llevarlo á cabo. Hasta mañana, le dijo Rosa, apretándola cariñosamente la mano.

—Hasta mañana, repitió la enferma con un acento que dejaba conocer que aquella era su única esperanza.

Mientras que Rosa se despedía, las jóvenes se retiraron precipitadamente, volvieron á su parque, cuya puerta habían dejado abierta: después se quedaron de centinela detrás de ella, y cuando salió Rosa, cayó en los brazos de sus dos amigas, que la abrazaron con los ojos llenos de lágrimas, y le hicieron mil cariños, diciéndole á la vez mil ternezas.

—¿Qué es lo que me ha hecho merecedora de tanta felicidad, mis queridas hermanas?

—Te hemos visto, respondió Luisa: no te sonrojes: ¡ya sabía yo que eres un ángel!

—¡Cariñosas! respondió Rosa mirándolas á ambas con confusión y ternura.

—¡Egoísta! dijo Luisa: ¿no nos podías haber dado parte en tus buenas obras?

—¡Oh! es que es muy hermoso ocultarse para hacer el bien, dijo Ana.

—Mucho he sentido, dijo Rosa, tener un secreto para mis hermanas y para toda mi familia; pero vosotras me lo perdonáis, ¿no es verdad?

—Yo soy el que no te perdona, dijo una voz que se oía detrás de las jóvenes.

Era la de Fernando que se presentó inesperadamente al lado de ellas.

—¿Cómo! ¿tú también? dijo Ana.

—¿Tú lo sabes? dijo Luisa, riéndose.

—Todo: respondió el joven con su acento que denotaba su alegría y felicidad. Mientras vosotras mirábais por la puerta, yo miraba por la ventana que está al otro lado de la cabaña, para lo cual me habia introducido en el parque del conde de Saglio. ¡Oh! en verdad que esto es horrible! Somos una familia de espías, ¿no es verdad, Rosa?

Dicho esto, su semblante se anubló de repente, palideció, clavó sus ojos en el suelo y le dijo con aire muy triste:

—Rosa, esta no es todavía mi mayor falta. Soy mas culpable de lo que puedes figurarte... he dudado de ti... he sospechado... no sé de qué... pero de todos modos no creí que la causa de este secreto fuese tan buena y tan santa. Acá en mis juicios te hice descender al nivel de esas muchachas frívolas, ligeras, disimuladas... y además de juzgarte mal, te he tratado todavía peor... He sido un insensato, y lo conozco. ¿Me perdonarás, Rosa, ó me darás la esperanza de perdonarme algun día?

Rosa le alargó la mano con una sonrisa angelical.

Fernando iba á continuar.

—Calla, le dijo Luisa, y deja á Rosa que nos cuente esta aventura. Ya que hemos descubierto lo principal, continuó, refiérenos la historia desde el principio, prima mía, y sacanos de la curiosidad, en que nos ha dejado este hallazgo.

—Es muy sencillo, dijo Rosa. Ya os acordaréis de nuestra antigua aya, María. Yo le debía siempre un cariño particular, al que correspondía queriéndola tambien mucho. Después que la despidió la marquesa, escribió con frecuencia á su nodriza, que como sabeis, es lechera, y vive en la cabaña del parque del conde: por esta buena mujer tenía noticias de María: sabia que se encontraba en una situación muy triste; pero como es algo orgullosa, no quería que la supiérais: hacía ya cuatro años que se dedicaba á la costura; pero el diácono, el mucho trabajo y una habilitacion mal sana, le hicieron abandonar el oficio: tuvo que dejar de trabajar: y ya no la quedó mas recurso que acudir á su ama y á mí. Acuseme á esta buena mujer que le trajese aquí si era posible, obligándome yo á costearlo todo. María aceptó con la condicion de que el secreto quedase entre nosotras dos. Así que llegó, quise participarlo á mamá, pero vi que con esto le causaba un gran pesar á la pobre enferma, y he guardado algunos dias este secreto... ¿Me perdonaréis, pues, ahora, hermanas mías?

Después de abrazarse afectuosamente las tres lindas hermanas, llegaron todas, en union de Fernando, tan alegres y gozosos, que la marquesa no reconocía en ellos á sus hijos, poco antes tan cabizbajos y pensativos. Rosa era la única que llevaba aire de víctima, aunque temia poco de los jueces ante quienes iba á comparecer. Una vez que entraron en la casa, refrieron á la marquesa cuanto habia ocurrido.

—Ve, ahí, hija mía, le dijo ésta, los inconvenientes que trae á una muger el ocultar sus acciones. Tus intenciones eran muy puras, y sin embargo, has podido comprometer tu buena opinion á los ojos de los estraños, y perder con ella tu felicidad y la de las personas que te aman. Por lo demás tu accion es muy santa y meritoria: y de hoy en adelante yo me encargo de continuar esta obra y de mejorar la suerte de la pobre María.

Rosa bajó la cabeza, algo confusa.

—Castigalla, padre mio, dijo Fernando al oido del marqués, poniendo en ejecucion los proyectos que me indicaba vd. ayer.

—¿Cómo! pues ¡si esta mañana no querías! le replicó su padre con aire burlesco.

—Es que mi cabeza no estaba muy buena, de resultas de haber tenido algunos sueños muy inquietos durante la noche.

Todo el mundo estaba demasiado acordé en esta ocasion, para que se dilatase el final de la escena. El diplomático partió al dia siguiente, después de haber fijado allí mismo para su próxima vuelta, es decir, para dentro de tres meses, la boda de Fernando y de Rosa.

MISCELANEA.

AL FONDO DEL OCEANO.

[Continuacion].

Cuando el capitán Rosa exploraba el mar Arctico, arrojando la sonda á una profundidad de 6,000 pies, atrajo algunos animalillos vivientes. A una profundidad que excede de la medida de las montañas mas elevadas de nuestro globo, el agua está animada por una cantidad infinita de creaciones fosforescentes que, subiendo á la superficie del mar, brillan en cada ola, proyectando á lo lejos un sarco de fuego. Se sabe que estos animalillos, por su multiplicidad y por su rápida descomposicion, hacen de las aguas, donde habitan, un fluido nutritivo para los gigantescos huéspedes del Oceano; pero tienen sus distintas estaciones y sus medios de locomocion, haciendo largos y rápidos viages. Corrientes desconocidas para el hombre, los llevan en grandes masas del polo al ecuador, y algunas veces de uno á otro polo. La ballena se ve obligada tambien á viajar para hallarlos, y corre el mar Arctico hasta las Antillas, para seguir las medusas de que se alimenta. ¡Qué cosa tan estraña es esta ardiente marcha del gigante de los mares en persecucion de una especie de glóbulo viscoso, sin color, apenas perceptible!

Otros varios viages se operan, por diferentes causas, en el misterioso imperio de las aguas. Ellas son el elemento verdadero del movimiento, y en su seno se verifican emigraciones perpétuas de una á otra zona, porque ninguna otra especie de animales viaja tanto y tan regularmente como el pescado, y en ninguna parte se distingue mejor la estrecha relacion que existe entre las necesidades del hombre y los recursos que le suministra la previsora providencia. En otros tiempos, los primeros arenques que aparecian en las costas de Holanda se pagaban á peso de oro, y un noble del Japon gastaba un millar de ducados para procurarse algunos pescados, si el rey quería tenerlos, en el rigor del invierno, cuando estos habian abandonado las aguas de su imperio.

Ya adelantamente, ya en bandadas, los pescados andan errantes continuamente; la delicada sardina se marcha hacia el Sur: la fina, elegante sardina del Mediterraneo, se dirige en la primavera hacia el Oeste, después vuelve al Este. El sollo de los mares del Norte, se arriesga á parar á las largas riberas de nuestro continente:

tambien se le ha hallado en Alemania y hasta el pie de la famosa catedral de Strasburgo. Triangulares masas de salmónes remontan hacia las aguas septentrionales en legiones tan compactas, que algunas veces detienen el curso de las olas; y antes de su llegada, millones de arenques han abandonado estas mismas aguas, pero se ignora á donde marchan. Por la primavera aparecen, como islas flotantes de dos ó tres millas de latitud y de veinte ó treinta de longitud, formando una masa tan compacta, tan apretada, que muchas veces ni la sonda ni el harpon pueden penetrarlas. A pesar de que nadie es capaz de contar los que los tiburones devorarán y tambien las aves de rapina; á pesar de que es incalculable el número de los que perecen en las costas, todavía se salvan muchos millones para el consumo del invierno.

Como todos saben, el mar oculta los mas prodigiosos animales, ballenas cinco veces mas grandes que el elefante, ese gigante de los animales terrestres, tortugas que pesan mas de mil libras. Alrededor de las maravillosas islas del Oceano Arctico, cada año se pescan muchos millones de focas. En otros puntos se elevan del seno de las espumosas olas, pájaros monstruosos, cuyas guaridas no las han podido ver jamás los hombres, y cuyos polluelos se crían en ignotas playas; y es de admirar que se forman de generacion en generacion islas y montañas enteras con el crecimiento de una raza de pequeños pájaros.

El Oceano no solo encierra en sus olas montañas y llanuras, verdes praderas, arenosos desiertos y manantiales de agua dulce y pesca que de sus secretos surtidores saltan en el agua salada, sino que tiene además sus ricas florestas con sus pintados pájaros, sus vastos bosques, sus floridos jardines, sus paisajes mas estensos, mas imponentes que los de la tierra firme. Es cierto que en el interior de los mares no se han descubierto todavía mas que dos especies de algas ó de ovas; pero es tan grande su número, tan varias sus formas, tan brillantes sus colores, que forman un jardín encantador, y de la misma manera que las ramas de nuestros árboles se inclinan al soplo de la brisa, se doblan y giran al ímpetu del huracan, las plantas acuáticas resisten el esfuerzo de las olas que conmueven sus raices y desgarran sus hojas. Algunas veces perecen en esta lucha y se las ve flotar en espesos haces hácia remotas playas donde forman una especie de páramo impenetrable.

Las diferentes especies de ovas que se crían en el Oceano, tienen sus límites determinados. Algunas se unen tan fuertemente á su base, que cuando alguna ola impetuosa las levanta, arrastran tras sí las rocas á las cuales han ligado sus raices: la mayor parte de ellas se desmenujan á las cercanías de las costas, y rara vez se las halla á mas de cuarenta brazas de profundidad, pero nacen en todas las mares; y, cosa singular, las mas grandes son las de los mares Arcticos, habiendo algunas que no tienen menos de mil quinientos pies de longitud, que á veces cubren un dilatado espacio, apareciendo como verdes praderas sobre la sombra azul de los mares. Estas son las praderas que admiraban y espantaban al mismo tiempo á los primeros navegantes.

La mas considerable es la conocida con el nombre de lago de Sargasa, entre las Azores y las Antillas, de la cual se puede decir que es un jardín flotante, un jardín que tiene de ciento á trescientas millas de longitud y que se extiende sobre 25° de latitud. Golon empleó tres semanas mortales en salvar estas fabulosas praderas.

Cuando estas ovas se elevan á la superficie de las aguas, admira la blancura y el lujo de sus formas, aunque en realidad no son mas que masas gelatinosas cubiertas de una especie de corteza lustrosa y divididas en ramages irrogulares que terminan en hojas ailtadas que se pueden comer. En el mar de Irlanda existe la ova de hojas abarquiladas, designada con el nombre de musgo de Carraghen, cuyo uso recomiendan los médicos para las afecciones del pecho. Otra especie de ova suministra á las golondrinas de los mares de la India, la materia de que forman sus famosos nidos. La ova de azúcar de los mares del Norte, es larga como la mano, delgada como un hilo y se extiende

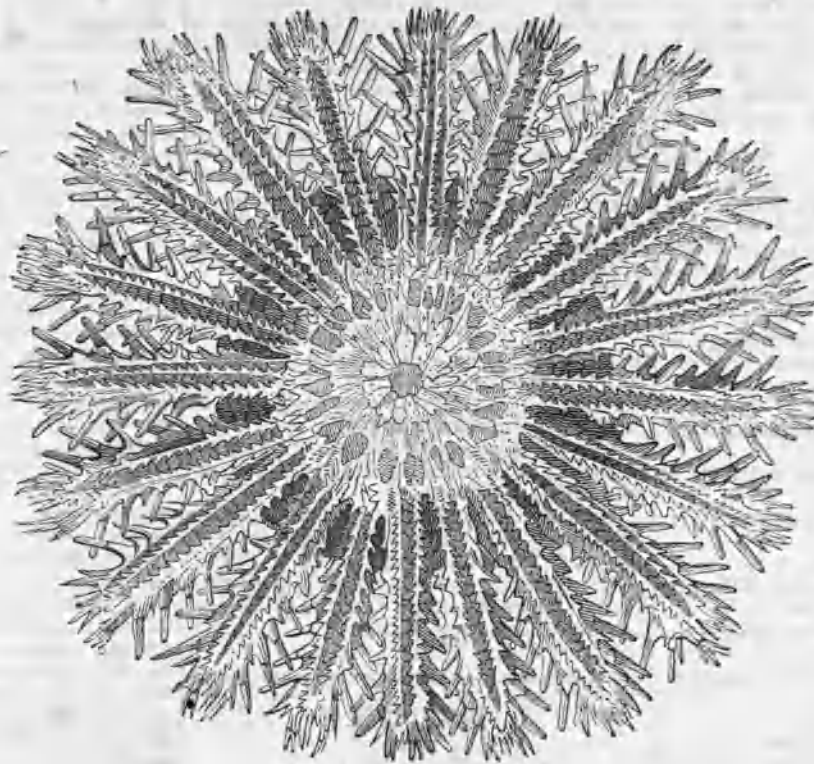
una longitud de muchas millas; por medio de una preparacion se estrae de ella el azúcar á que debe su nombre.

En las heladas aguas de los mares anárcticos, se encuentran ovas de mil pies de longitud, cuyo follage tiene tintas de púrpura y carmesí, y las ramas centrales de estas magnificas hojas están sostenidas por una especie de vejigas que las hacen flotar en la superficie de las aguas. En las islas Maluinan existen otras ovas que se parecen á los manzanos: su tronco esparce ramas ahorquilladas y una gran cantidad de frutos; y sus raíces se enlazan á las rocas, mientras que sus largas hojas penden, como las de los sauces, sobre las borrascosas olas.

Ademas de esta innumerable variedad de ovas, existe todavia en el fondo del mar multitud de otros diferentes vegetales, largos líquenes porosos, yerbas purpúreas, espesas algas cuyo delicado ramaje está siempre en movimiento. Estas diversas plantas forman las florestas sub-marinas, y crecen confundidas en una apariencia de desordenes; aquí entrelazan sus ramas; allí se cierran en bóveda, abriendo bajo sus espesas hojas calles dilatadas. Algunas veces están tan apretadas que parecen un bosque impenetrable; otras veces hay entre ellas largos intervalos, donde las mas pequeñas aparecen como un acirate de claveles, ostentando diferentes matices, segun los efectos de la luz que sobre ellas se proyec-

Mirad estos estraños seres adormecidos en el fondo de su tenebrosa morada: observados y veréis que, lo mismo que las aguas, se mueven de repente, y como ellas se levantan semejantes

el dolor y por la sangre que corre de su herida, no puede desasirse de las ramas en medio de las cuales se ha arrojado y llega á ser presa de su implacable enemigo.



Estrella de mar.

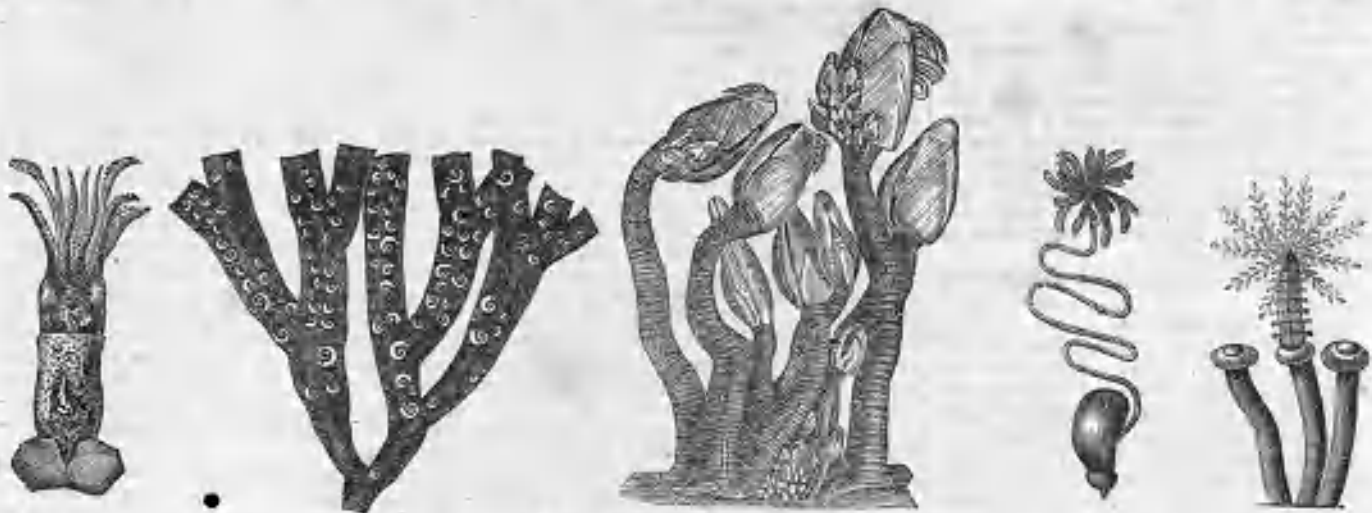
A algunas millas de distancia puede observarse una escena de diferente naturaleza: un banco de ostras cuya dulce quietud no turba nada. Estos voluptuosos moluscos, adormecidos en apariencia en sus conchas, viven por lo tanto una vida epicúrea. Estraño á los ruidos del mundo, á sus ansiedades y á sus alegrías, indiferentes á sus pasiones y á sus tempestades, se concentran en sí mismos y saborean tranquilamente sus goces sensuales.

Hasta el Océano mismo mantiene su satisfaccion, pues sin que tengan necesidad de moverse reciben su alimento de la ola que las baña. Cada partícula de agua que entra en contacto con sus delicadas agallas, renueva en ellas el aire, refresca y fortifica su trasparente sangre.

Tambien se halla en el mar el coral, esa estraña produccion medio animal y medio vegetal. De el árbol calizo se eleva el pótipo, crece y produce otros seres como él: despues se sepulta en su celda cascajosa, en la cual nuevas generaciones construirán otros nuevos pisos ó departamentos.

Así es como se desarrollan las ramas del coral. En la vegetacion de las superiores germina un animal viviente que tiene la forma exterior

á islotes movibles. Un hambriento tiburón se acerca á ellos lenta y traidoramente; sus miradas vídriosas espian una presa. El can marino, que es el primero que ve á este temible enemigo, se apresura á buscar un refugio en la flo-



Plantas sub-marinas.

ta. Curioso es sobre todo el aspecto de las ovas con su fantástico desarrollo, con sus galerías misteriosas cuyo bizarro follage no ilumina ni el sol ni la luna, ó con sus matices de oro y púrpura flotando en la superficie del agua; y este delicioso cuadro que se asemeja á un sueño, esta lujosa vegetacion del Océano, está animada por los moluscos de abigarrados colores, y por los pescados de lucientes escamas.

Una especie de caracoles ó habosas de diferentes formas se arrastran á lo largo de los troncos altos, mientras que los becerros marinos comen las tiernas hojas de estas plantas. Allá está la sirena fabulosa de los antiguos, el tiburón con sus ojos de plomo, el leopardo de los mares con sus espesas crines y la lenta tortuga.

resta, dando la señal de alarma á sus vecinos; y en un momento cambia el aspecto de la escena marítima. La ostra cierra precipitadamente su concha y se deja caer al fondo del agua: la tortuga oculta sus pies y su cabeza en la armadura con que la naturaleza la ha dotado: el pequeño pescado huye despavorido entre el ramaje de las plantas acuáticas; y el cangrejo se retira bajo sus raíces. Unicamente el joven é intrépido morsa, se vuelve hácia el monstruo voraz y le amenaza con sus agudos dientes. Uno y otro buscan la floresta para que les sirva de palenque; pero bien pronto el ágil tiburón consigue herir á su adversario. El desgraciado morsa trata entonces de retirarse á la espesura de los bosques para ocultar su agonía; pero ciego por

de una flor, y participa de su tinta brillante.

El pótipo nace á la vida en las piedras, despues se petrifica á su vez en el mismo sitio. ¡Qué de obras increíbles se ejecutan por estos activos zoofitos, por esos seres que palpitan y que vegetan, que son á la vez vegetales y animales! Ellos edifican castillos, cuya base reposa en el fondo del Océano, cuyos espirales se elevan de piso en piso por debajo de las olas, y cuyos muros están asegurados por cimientos como no se han visto ejemplares sobre nuestro globo.

(Se continuara.)